

ELECCIONES LEGISLATIVAS Y MUNICIPALES EN EL SALVADOR: UNA VICTORIA CENTRAL PARA NAYIB BUKELE

Florent Zemmouche

11 de marzo de 2021

En un contexto tenso, el presidente de El Salvador, Nayib Bukele, logró el domingo 28 de febrero uno de sus principales objetivos: tomar el control de la Asamblea Legislativa. Sin mayoría desde su investidura el 1 de junio de 2019, toda su gestión del poder ha apuntado hacia este primer y más importante hito de su mandato, las elecciones legislativas y municipales que culminaron con la victoria del partido oficialista, Nuevas Ideas (NI), en el Parlamento y en alcaldías estratégicas, como la de San Salvador. Con el 88,81% de las actas procesadas, NI tendrá la mayoría calificada con 56 diputados. En tal configuración, el partido oficialista no tendrá opositores relevantes y Bukele podrá también decidir en instituciones claves del Estado, como en la elección de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia y del nuevo fiscal general. Además, gracias a una coalición entre Nuevas Ideas y Gran Alianza por la Unidad Nacional (GANU)¹, NI podrá contar con 5 diputados más y sumar así 61 votos

¹ El partido de derecha con el que Bukele fue elegido en 2019.

en el pleno legislativo. Y con más de 88.000 votos gracias a una coalición con Cambio Democrático (CD), NI también tiene la mayoría de apoyo en las elecciones de 20 diputados salvadoreños en el Parlamento Centroamericano (Parlacen).

Se ha concretado la victoria sin precedentes que anunciaban todos los sondeos del país. Bukele ha confirmado su popularidad inédita² en la opinión pública salvadoreña al lograr la cifra más alta de diputados desde 1994³. Si este éxito contundente y anunciado no es una sorpresa, dice mucho sobre la situación política en El Salvador, además de plantear una serie de interrogantes y generar también preocupación.

Una larga campaña electoral

Esta victoria fundamental para Bukele es la continuación lógica de su victoria en primera vuelta de las elecciones presidenciales el 3 de fe-

² Nayib Bukele tiene uno de los índices de popularidad más altos del continente con más del 71% (García, 2021).

³ En las elecciones de 1994 ARENA sumó 39 diputados.

brero de 2019. El doble éxito reposa a su vez sobre un tercero, el haber logrado mantener la dinámica inicial de su primera campaña. Una dinámica que se puede resumir en pocas palabras: ser diferente de los que el candidato de 2019, hoy presidente, llama “los mismos de siempre”. Esa es la estrategia que ha demostrado y sigue demostrando eficacia: atacar a los políticos salvadoreños de los dos partidos tradicionales, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), de izquierda, y Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) de derecha, que se han turnado en el poder desde el final de la guerra civil en 1992. La elección de Bukele en 2019, con los colores de GANA, fue un terremoto en el paisaje político salvadoreño, cuyas consecuencias siguen afectando a una clase política que no logra reorganizarse ni reinventarse.

Nayib Bukele es un producto de esa misma clase política agotada, principalmente por dos razones. La primera es que fue un militante y miembro notable del FMLN durante su primera vida política, en la que llegó a ser alcalde de Nuevo Cuscatlán (2012-2015) y de San Salvador (2015-2018). En 2017, el partido de izquierda lo echó por haber criticado abiertamente algunas decisiones de la cúpula. En octubre de ese mismo año anunció la creación del movimiento Nuevas Ideas, y en ese momento puso en marcha la eficiente retórica que le ha permitido arrasarse en las

elecciones con la promesa de ser diferente de los llamados “mismos de siempre”. Básicamente, significa no ser corrupto. Mediante esa única promesa fue elegido presidente, prometiendo ponerle término a la corrupción que roe el país desde hace 30 años. Esta es la segunda razón que explica la génesis del fenómeno Bukele. El FMLN y ARENA compartieron el poder por turnos, dejando cada vez resultados inexistentes, cuando no pésimos, en términos de lucha contra la violencia y la pobreza, y de avance y desarrollo para mejorar la calidad de vida de los salvadoreños. De los cuatro últimos presidentes, tres han estado o están actualmente procesados por casos de corrupción.

En 2019, en ese contexto, al que se sumaba una crisis de representación política, el candidato Bukele logró proponer a los salvadoreños otra vía gracias su joven edad (37 años), sus buenos resultados como alcalde, su independencia frente al bipartidismo tradicional y, por lo tanto, su diferencia con las figuras habituales de la política, al menos en apariencia. El motor de su campaña, marcando una fuerte diferencia con sus predecesores y colegas, fue su presencia e impacto en las redes sociales. Gobernando en Twitter, las primeras medidas del Bukele presidente no tardaron en llegar y cumplían con su promesa fundamental. A través de una gran cantidad de mensajes en la red social, reveló todos los numerosos

casos de nepotismo de “los mismos de siempre” vigentes en la administración salvadoreña.

Así Bukele perpetuó, confirmó y acentuó la confrontación directa y violenta que impuso contra gran parte de la clase política. Eso no ha impedido que existan casos de nepotismo y corrupción en el gobierno actual, pero gracias a una comunicación precisa y eficiente, el mandatario ha logrado mantener siempre la atención general en los que son, para él, los chivos expiatorios perfectos: “los mismos de siempre”. Desde el comienzo de su campaña hasta las elecciones del 28 de febrero, pasando por la primera mitad de su mandato presidencial, Bukele ha mantenido sin cesar ese ritmo de campaña como si buscara todos los días su elección, su reelección o una nueva elección: la de sus diputados. Desde hace más de dos años no ha habido un solo discurso, intervención, rueda de prensa, o mensaje en Twitter sin que se mencionen aquellos blancos ideales.

Imagen y comunicación

Más que proporcionar “nuevas ideas”, Bukele ha aportado una nueva manera de hacer política, que ha encajado perfectamente en un contexto singular y unas circunstancias favorables. Ha cambiado la manera de hacer política, gobernando desde, mediante y para las redes sociales, privilegiando siempre la forma antes que el contenido. Bukele quiere mos-

trarse cerca del pueblo, como un salvadoreño común y corriente, saliéndose así de los códigos tradicionales de la política, desde el modo de vestirse hasta la forma de gobernar pasando por la de expresarse.

Suele vestir con *jeans*, una chaqueta de cuero y una gorra puesta hacia atrás; ordena y decreta por *tweets*; sus discursos e intervenciones orales buscan siempre el aspecto informal y relajado, mediante largos monólogos muy coloquiales que dejan una impresión de discusión informal. Un cambio drástico y deliberado en la solemnidad habitual de un discurso político que encuentra una recepción positiva en el público salvadoreño. A esto se agrega la difusión máxima de todos sus contenidos, tanto en las redes sociales —con publicaciones auspiciadas y pagadas en Facebook y Twitter—, como en otros medios, más tradicionales como la radio, la televisión, la prensa escrita y los carteles en la calle. En su guerra abierta con la prensa independiente, Bukele decidió crear en octubre de 2020 un programa de televisión (*Noticiero El Salvador*) y un diario impreso y digital (*Diario El Salvador*) oficialistas, para proporcionarle a los salvadoreños la “verdadera” información bajo el control del ejecutivo.

Estos métodos se inscriben en una búsqueda permanente de centralización y concentración absoluta del poder. Por una parte, de la información, mediante la comunicación pre-

cisa. Por otra parte, del poder político, mediante una aplicación de aquellos mismos métodos de comunicación en la esfera política. Bukele comunica y gobierna únicamente con su teléfono, lo que altera las formas políticas, los procedimientos y normas de un sistema democrático liberal. De esta manera, ha desafiado diferentes instituciones, tanto del poder legislativo como judicial, protagonizando ataques en redes sociales o tomando decisiones arbitrarias y autoritarias, buscando siempre anular cualquier contrapoder. Fue por ejemplo el caso cuando, en abril de 2020, Bukele recomendó en Twitter el cierre de la plenaria por supuestos casos de COVID-19 en el salón azul, mientras los diputados estaban discutiendo la superación de un veto presidencial para regular el retorno de salvadoreños bloqueados fuera del país. La sesión plenaria fue suspendida. De hecho, en el “Democracy Index 2020” publicado por la *Economist Intelligence Unit* (EUI) de *The Economist*, El Salvador cayó de la categoría de “democracia defectuosa” a la de “régimen híbrido”.

Asimismo, las violaciones del código electoral en estas elecciones legislativas han sido numerosas, con la participación activa de Bukele en una campaña de facto adelantada —que comenzó de cierto modo el día de su elección, hace dos años—, hasta generar una elección con aspecto de referéndum tácito: se trataba de votar a favor o en contra del presidente. Y

la respuesta ha sido fuerte y clara. La personalización de la votación ha llegado hasta puntos extremos de culto a la personalidad en el partido Nuevas Ideas, que se presentaba sin ideología pero asumiendo total y abiertamente la “N” de Nayib. Ningún candidato suyo planteó una propuesta o propuso algún programa. Todos rechazaron los debates con candidatos de otros partidos al igual que las entrevistas con periodistas de medios independientes. Su único discurso fue asegurar que estaban vinculados con el presidente mediante “un cordón umbilical” o que: “Después de Dios, Nayib Bukele es el líder al que [siguen]”.

Además de no respetar el artículo 184 del código electoral, que prohíbe a los “funcionarios (...) prevalerse de sus cargos para hacer política partidista”, en la última semana de la campaña Bukele también violó el artículo 178, que prohíbe que el gobierno manifieste en los medios “las contrataciones, inauguraciones de obras de infraestructura nacional o de cualquier otra naturaleza que hayan realizado, que realicen o que proyecten realizar en cumplimiento de las prestación o de los servicios de asistencia a que está obligado el Estado”. Durante la crisis sanitaria, paquetes alimenticios del Estado han sido distribuidos a la población por militantes de Nuevas Ideas, jugando con la ambigüedad en torno al verdadero benefactor. El miércoles 17 de febrero, el mandatario celebró la llegada

de la vacuna Covishield, no sin desatar polémicas en torno justamente a las circunstancias del anuncio de la buena noticia, a pocos días de las elecciones. Días después inauguró el nuevo *bypass* del Puerto de la Libertad, atribuyéndose todos los méritos, cuando se trata de un proyecto que se pensó y empezó con el gobierno anterior del FMLN. Asimismo, tres días antes de las elecciones, Bukele, junto a su ministra de Educación, lanzó una gran distribución de computadoras para estudiantes. Tras el fin de la campaña varios candidatos del partido oficialista no respetaron el silencio electoral y concedieron entrevistas en la radio o televisión, y el mismo presidente dio una conferencia de prensa el día de las elecciones para llamar a votar y poner en marcha la “Operación Remate”⁴.

Se han iniciado procesos para sancionar algunas irregularidades, como el caso del candidato a alcalde de GANA, que lanzó dinero desde una avioneta en Metapán tres días antes de las elecciones, o de la ministra María Chichilco, que compartió un video en las redes para solicitar el voto por Nuevas Ideas. Pero, a pesar de ello, los resultados de las elecciones muestran que se trató sin duda de una buena estrategia para el go-

bierno, frente a una oposición que se encontró prisionera ante el aparato propagandístico del Estado, la gran popularidad de Bukele, sus fuertes aliados (como las Fuerzas Armadas) y sus ataques permanentes. Si los resultados son inéditos para el presidente, lo son también para los partidos opositores. Tras obtener 37 diputados en la elección de 2018, ARENA solo tendrá 14, su peor resultado desde 1988. El FMLN se ha quedado únicamente con 4 diputados, luego de sus 23 escaños en la pasada elección. Los dos partidos históricos, agotados, han llegado a las elecciones con problemas financieros graves, cerca de la bancarrota, cuando Nuevas Ideas y el gobierno han comprado muchos espacios de difusión, sin facilitar información sobre el financiamiento de su campaña.

El fracaso de la oposición

Tras la derrota aplastante de 2019, el partido histórico de derecha sigue sin encontrar la solución. Dos problemas fundamentales impiden su restablecimiento para convertirse en una verdadera fuerza de oposición. Primero, los propios miembros del partido que apoyan a Bukele. Segundo, su historia y esencia, como por ejemplo ilustra su empeño en celebrar al fundador del partido, Roberto d’Aubuisson, líder de los escuadrones de la muerte durante la guerra civil, y acusado de ser el autor intelectual del asesinato del arzobispo de San Salvador, Monseñor Romero, en 1980. A esto se suman los casos in-

⁴ Una expresión que usó Nicolás Maduro en las últimas elecciones venezolanas (Nair Silva, 2020). Sabiendo que los asesores de Bukele son venezolanos, la coincidencia parece poco creíble.

ternos de corrupción que socavan la credibilidad de sus miembros y que ofrecen al poder ejecutivo la oportunidad soñada de encerrarlos en la prisión que ellos mismos han construido.

Como muestran los resultados finales, el partido de izquierda está incluso en una situación peor y no ha logrado cuestionarse, renovarse, ni proponer nuevas caras y voces. Al contrario, se ha quedado también enclaustrado en un pasado que Bukele no solo busca sobrepasar, sino borrar totalmente. La nueva Asamblea Legislativa supone tanto la victoria de Bukele como la derrota de los otros partidos que los electores han castigado. El voto a favor del partido de Bukele es también un voto de rechazo de una parte de la población que no se interesa en la política o que no se siente representada por ninguna propuesta partidaria (y puede, por supuesto, haber un vínculo de causalidad entre estas dos lecturas). En este sentido, si bien son las elecciones legislativas con más participación de la posguerra, la tasa de abstención sigue siendo considerable, con una participación de tan solo el 51% de la población apta para votar (Pacheco, Flores y Campos, 2021).

Sin embargo, hubo propuestas interesantes de varios candidatos, aunque a menudo formuladas de manera tímida o torpe. Fue el caso, por ejemplo, de voces del joven partido Nuestro Tiempo, que se estrenaba en sus pri-

meras elecciones y que solo tendrá un diputado. Nunca se habían presentado perfiles tan diversos, con una notable formación académica, provenientes de la sociedad civil. Pero la falta de mediatización y el poco tiempo de visibilidad que permite oficialmente la campaña electoral, hizo que parecieran hormigas frente a la maquinaria estatal de comunicación. Sus voces no pudieron llegar hasta donde se proyectaba la imagen nítida de Bukele. Intentaron arreglárselas, ocupar y llenar un espacio ya tomado, usando las redes sociales como hace el presidente, pero sin sus instrumentos y técnicas, sin lograr en ningún momento rivalizar con el poderoso aparato de comunicación que ofrece una imagen del gobierno sumamente trabajada, controlada y, por tanto, positiva, en todos los aspectos, sobre todo los más importantes.

¿Pandemia y violencia controladas?

Es una pregunta legítima, pues es lo que quiere mostrar el gobierno actual de El Salvador. Y es lo que hace mediante una fuerte publicidad sobre estos temas que tuvieron un papel central en las elecciones. De nuevo aquí, la imagen prevalece sobre cualquier otra cosa.

Al comienzo de la crisis sanitaria, en marzo de 2020, la gestión de Bukele fue acertada y prometedora: con mucha rapidez decretó el estado de emergencia, suspendió las clases a

nivel nacional y prohibió todas las entradas al país por cualquier vía. Pero, poco a poco, al compás de la evolución de la situación, la gestión fue deteriorándose. Primero con los cobertizos, que se convirtieron en centros improvisados de cuarentena y luego de contaminación, por la cantidad de gente concentrada en muy malas condiciones sanitarias. Después surgió el caso de los “varados”: todos los salvadoreños que se quedaron bloqueados en el extranjero sin poder volver al país porque las fronteras estaban cerradas incluso para ellos. Las repatriaciones prometidas por la ministra de Asuntos Exteriores nunca llegaron o solamente meses más tarde. Por su parte, los niños salvadoreños llevan casi un año sin tener clases presenciales pese a las desigualdades de acceso a internet y al hecho de que, desde el 23 de agosto, se ha vuelto una vida casi normal con una reapertura económica total y descontrolada. De esta manera, por un lado, se ha notado la falta de una comisión científica o de un programa de acción para enfrentar la pandemia —Bukele llegó a insultar a científicos nacionales que estaban en desacuerdo con él y los acusó de formar parte también de los famosos “mismos de siempre”—. Por el otro, se han cometido excesos graves dentro de la respuesta a la pandemia, incluso violaciones de derechos humanos. Esto ha ocurrido, por ejemplo, en los centros de cuarentena donde se mantuvo a la gente encerrada mucho más tiempo de lo que de-

bía. Y en lo que Bukele llamó los “centros de contención”: cobertizos que se convirtieron en cárceles insalubres para la gente que no respetaba el confinamiento, por decisión de Bukele decretada mediante su cuenta de Twitter. Aunque la Corte Suprema de Justicia declaró la medida inconstitucional, y por lo tanto nula, el mandatario no acató la resolución, alegando la prioridad de la vida y la salud de los salvadoreños ante todo (Verdes-Montenegro, 2020).

También hay que mencionar el cierre autoritario y repentino del Puerto de la Libertad, en abril de 2020, cuando Bukele ordenó por Twitter cerrar totalmente el municipio después de haber visto en las redes un video que mostraba a gente circulando normalmente en un mercado de La Libertad. El Ejército estuvo encargado de controlar el territorio en cuestión, sin permitir ninguna salida de los habitantes, ni siquiera para comprar comida o medicinas. Así, el cerco militar —que era más un castigo que una solución sanitaria— generó muchas escenas preocupantes, como la discusión entre el fiscal general y un teniente del Ejército que se negaba a responder a cualquier pregunta, ambos rodeados por su respectiva protección armada. La Fiscalía abrió una investigación por violaciones a derechos fundamentales.

Cuando toda la clase política hizo un llamado para dejar de lado los intereses partidistas y reunirse para concer-

tar un plan de acción frente a la crisis, Bukele aprovechó para seguir y acentuar su lucha contra el órgano legislativo, al que acusó de ser el “enemigo del pueblo” por no darle “ni un centavo partido a la mitad” para luchar contra la pandemia, mientras que él sí tuvo acceso a los fondos necesarios, aun negando toda transparencia sobre los gastos efectuados (Alemán, 2020). En estos últimos meses se han hecho públicos casos de corrupción en el gobierno, que afectan al ministro de Hacienda o al mismo ministro de Salud, ambos involucrados en compras del Estado a empresas familiares, cuando la ley de compras del Estado salvadoreño prohíbe que un funcionario haga negocios con el propio gobierno (Cáceres, 2020).

Si el Ministerio de Salud afirma que El Salvador es uno de los países a escala mundial con la menor mortalidad a causa del virus, es complejo tener una visión exacta de la situación, puesto que no existe ninguna transparencia sobre el tema. Se ha ocultado la información oficial relacionada con la atención a la pandemia: datos vinculados con la gestión hospitalaria, compras de alimentos e informes de la Policía. Los sistemas informáticos que registran las altas hospitalarias y las muertes, los sistemas de vigilancia epidemiológica semanal y los resultados de laboratorio están bajo reserva. Pero, de nuevo, el sistema de comunicación del ejecutivo ha mostrado su eficiencia.

Un ejemplo muy claro de ello ocurrió cuando Bukele compartió en redes un artículo de la revista *The Lancet* que elogiaba al polémico Hospital de El Salvador; más tarde se supo que en realidad era un artículo de opinión pagado (con los fondos del Hospital) por el gobierno salvadoreño (Romero, 2021). Así, este logra imponer su discurso descreditando todas las críticas, de tal modo que una mayoría de salvadoreños piensa que los casos de corrupción son un invento de la prensa para desestabilizar al presidente (Barrera, 2021) y se declara satisfecha con la gestión de la pandemia (Azpuru, 2020).

Actualmente ocurre un fenómeno similar con la gestión de la violencia. El Salvador es conocido por ser uno de los países más violentos del mundo. Pero, desde la llegada de Bukele al poder, el país conoce los índices de homicidios más bajos desde el final de la guerra civil. Es un hecho muy valioso que el mandatario ha enfatizado a lo largo de toda la campaña para mostrar que trabaja para mejorar El Salvador y que, por esa misma razón, había que votar a los diputados y alcaldes de NI. Sin embargo, detrás de la excelente noticia de la reducción de homicidios en el país, la realidad es nuevamente más compleja que lo que se quiere mostrar.

No es la primera vez que ocurre en la historia reciente del país un período con menos homicidios. También

pasó en 2012, con el primer presidente del FMLN, Mauricio Funes. Al principio, su gobierno explicó que el descenso de homicidios era gracias a una política de seguridad reforzada y una policía eficiente, antes de que el medio digital *El Faro* publicara un reportaje con pruebas contundentes que mostraban que lo que sucedía era una “tregua” —término que ahora remite a esa época—. El gobierno de Bukele atribuye el éxito a su llamado “Plan Control Territorial” que es, en su programa, una suerte de Mano Dura. Es posible ver en las cuentas de Twitter del presidente y de su ministro de Defensa, mensajes que señalan los días que han acabado con cero homicidios gracias a dicho Plan, junto con fotos de soldados patrullando en las calles. Pero varios elementos vienen a cuestionar el discurso oficial. A pesar del supuesto “manodurismo”, no se ha registrado ningún aumento de enfrentamientos entre las fuerzas del orden y las maras, ni un aumento de los arrestos. Por el contrario, se han registrado traslados irregulares de prisioneros y la presencia de pandilleros, oficialmente en la cárcel, en la calle, en libertad. Elementos que caracterizaron la tregua bajo Funes. Precisamente, *bis repetita*, también *El Faro* reveló la existencia de negociaciones secretas entre la Mara Salvatrucha (MS-13) y el gobierno de Bukele. Negociaciones que implicarían justamente la reducción de homicidios y el apoyo electoral, por un lado, y favores de todo tipo, por el otro

(Martínez, Arauz, Lemus y Martínez, 2020). Esta revelación es, sin duda, uno de los hechos que más ha perturbado el ejecutivo, que se ha molestado, ha buscado desmentir la información y ha empezado una confrontación directa contra los periodistas del medio en cuestión. Es un asunto muy sensible en El Salvador, donde la opinión pública en su mayoría está a favor del “manodurismo” y repudia las negociaciones con grupos que la ley salvadoreña considera como terroristas.

Perspectivas y riesgos con la nueva Asamblea

En torno a la violencia, el primer riesgo es que estas negociaciones acaben como acabó la primera tregua, con el episodio más violento de la posguerra en el país: la tasa de homicidios aumentó entonces a 104 por cada 100.000 personas a nivel nacional, y a cerca del doble en la capital, San Salvador (Ahmed, 2017). Si bien el diálogo es sin duda la vía para pensar y lograr la disolución de las pandillas, se tiene que hacer de manera abierta y transparente, supervisada por instituciones, organizaciones civiles e internacionales. En cambio, en estas negociaciones oscuras y secretas no se sabe con exactitud lo que se discute y, sobre todo, en ellas las pandillas siguen teniendo todo el poder a su favor, por su capacidad para quebrar libremente el supuesto pacto, extorsionar y volver a matar.

En los hechos, no existe ningún “control territorial” por parte del Estado; se cometen menos homicidios, pero las maras siguen presentes, controlando sus tierras y extorsionando a la gente. Incluso, en la primera ola de la pandemia, unas clicas de la MS-13 y del Barrio 18 repartían paquetes alimenticios y controlaban que se respetara el confinamiento en sus barrios respectivos. Habrá que estar atentos a la evolución de la relación con las pandillas, aún más si efectivamente se ha negociado algún apoyo electoral.

Son muchas las amenazas que pueden surgir para la democracia salvadoreña con la mayoría de Nuevas Ideas en el órgano legislativo. Todas las amenazas se concentran alrededor de la tentación autoritaria de Bukele, que sueña con tener un poder absoluto. En este contexto, ya no va a estar muy lejos de tenerlo. No le gusta rendir cuentas y todo lleva a pensar que, si bien nunca lo ha hecho verdaderamente, la nueva mayoría no le exigirá explicaciones. Además, con el control total del Parlamento, Bukele también podrá decidir en otras instituciones claves del Estado, como elegir a los nuevos miembros de la Corte Suprema de Justicia y a un nuevo fiscal general. Son instancias de control que se evaporan; se presenta un panorama con todas las posibilidades abiertas. Más aún con el apoyo popular que tiene Bukele y la

inclinación de la sociedad salvadoreña por los caudillos⁵.

Este ya ha mostrado la relación conflictiva y problemática que tiene con la prensa. El caso con *El Faro*, por ejemplo, es significativo: a principios de febrero, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) emitió medidas de protección para todo el personal de *El Faro* al juzgar que sus derechos están gravemente amenazados. Pero, sobre todo, Bukele desnudó públicamente su autoritarismo cuando militarizó la Asamblea Legislativa el 9 de febrero 2020, con el fin de presionar la aprobación de un préstamo para su plan de seguridad. Las imágenes de los militares armados dentro de la Asamblea dieron la vuelta al mundo. Lo que se vio como un intento de autogolpe mostró principalmente dos cosas. La primera es la ambición peligrosa de Bukele. La segunda, que el presidente tiene la lealtad absoluta del Ejército para realizarla. Desde entonces, las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional Civil han confirmado su apoyo incondicional a Bukele, sin dudar en entrar en el campo de la política y violar la Constitución.

⁵ Esto es lo que dice un joven seguidor de Bukele: “Muchos dicen que darle todo el poder al presidente va a ser una dictadura. Entonces será una dictadura buena. Con todo lo que ha hecho por el pueblo merece tener una Asamblea que apruebe todo lo que él pida. Todos los de mi casa vamos a votar por Nayib Bukele” (Barrera, 2021).

En una secuencia que se inscribe en el regreso de “la tentación militar” en América Latina (Murillo y Levitsky, 2020), y en un momento de “intensificación de la militarización de la esfera pública” en El Salvador (Verdes-Montenegro, 2020), se le otorga un papel cada vez más importante al Ejército salvadoreño, omnipresente y central en el escenario político. Reparten paquetes alimenticios, transportan medicinas, instalan y controlan los cercos sanitarios, desinfectan campos, militarizan la Asamblea. Si oficialmente, desde la presidencia de Mauricio Funes, el Ejército ha recuperado el protagonismo en seguridad pública que le fue restringido por los acuerdos de paz, Bukele anunció que las Fuerzas Armadas serían la pieza clave de su plan para luchar contra las pandillas, con un presupuesto de 570 millones de dólares y un aumento significativo del reclutamiento de soldados (Labrador, 2019). El Ejército salvadoreño es el aliado fundamental de Bukele, como arma de ataque (en el caso de la militarización del Parlamento), o como arma de disuasión (por ejemplo, cuando pocos días antes de las elecciones, Bukele sugirió la eventualidad de un fraude afirmando que no tenía confianza en el Tribunal Supremo Electoral en un discurso frente a los soldados en fila de las Fuerzas Armadas). Una relación perniciosa en un ambiente explosivo.

Un contexto tenso fomentado por el mismo Bukele cuya retórica de con-

flicto, de adversidad y hasta de guerra contra los “mismos de siempre” ha generado una violencia política nunca vista desde la guerra civil. El domingo 31 de enero, un ataque en un acto de campaña del FMLN dejó dos muertos entre los militantes del partido de izquierda. La primera reacción de Bukele en Twitter fue insinuar que se trataba de un atentado, antes de que se supiera que fue cometido por miembros de la seguridad del actual ministro de Salud, simpatizantes de Nuevas Ideas. El presidente no presentó en ningún momento sus condolencias y el caso se ha complicado aún más con la muerte a finales de febrero de uno de los atacantes que estaba hospitalizado, herido por balas cuyo origen todavía se desconocen.

La estimulación e intensificación de la tensión por parte de los dirigentes de Nuevas Ideas también ha tocado directamente el tema de las elecciones con sus repetidas denuncias de fraude, desde incluso meses antes de las elecciones, sin brindar nunca pruebas de unas acusaciones que desaparecieron cuando se empezó a percibir la victoria de NI horas después del cierre de las mesas de voto. Esta actitud parece contradecir la idea de Bukele de que su gobierno ha pasado la “página de la posguerra”, después de haber dicho que los acuerdos de paz que pusieron fin a la guerra civil que causó más de 75.000 muertes fueron “una farsa”, un “negocio de élites” y “un pacto de co-

ruptos”. Si el país ha entrado en una nueva época con Nuevas Ideas, es también la de un nuevo conflicto permanente.

Esta actitud no ha pasado desapercibida en Estados Unidos con el cambio de gobierno. Después de la derrota de Trump, Bukele ha perdido un aliado fuerte. Varias cartas de congresistas estadounidenses han expresado su preocupación sobre las artimañas del presidente salvadoreño, y el gobierno de Biden ha dado a entender que iba a tomar distancia para reevaluar las relaciones bilaterales. Y se lo ha dado a entender de manera muy clara, cuando Bukele viajó secretamente a Washington a principios de febrero para solicitar reuniones con miembros de la Administración Biden, que le fueron negadas.

Con su nueva victoria clave, Bukele ha llegado a una cima que puede ser peligrosa para la democracia salvadoreña: se encuentra a la cabeza de la primera fuerza política del país, con una Asamblea y una base electoral que no solo no condenan su autoritarismo, sino que lo reclaman. En este contexto, con la nueva Asamblea, no parece imposible que Bukele busque una reelección en 2024 —si bien no lo habilita, hoy por hoy, la Constitución—. Pero, antes de eso, habrá que ver cómo será la segunda parte de su mandato. Ahora tiene suficiente capital político, suficiente popularidad y un sólido aparato de comunicación para gobernar, reformar y hacer

avanzar el país sobre asuntos sensibles como el diálogo abierto con las pandillas. Pero para eso tendrá que elegir entre seguir con su dinámica sistemática de campaña agresiva o calmar la situación y, con más tranquilidad, proponer un nuevo rumbo.

Florent Zemmouche es graduado por la École Normale Supérieure de París, es licenciado en Letras Modernas por la Universidad Paris 4 Sorbonne y magíster en Literatura Hispanoamericana por la Universidad París 3 Sorbonne Nouvelle. Es columnista en La Prensa Gráfica, analista y cofundador del programa Américas del Groupe d'études géopolitiques y editor de la revista Le Grand Continent.

Referencias bibliográficas

- AHMED, A. (2017): “La hora de la verdad en El Salvador”, *The New York Times* (29 de noviembre). Disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2017/11/29/espanol/america-latina/el-salvador-maras-tregua-violencia.html>.
- ALEMÁN, U. (2020): “Renuncia el presidente del BCR, Nicolás Alfredo Martínez”, *El Mundo* (17 de septiembre). Disponible en: <https://diario.elmundo.sv/renuncia-el-presidente-del-bcr-nicolas-martinez/>.
- AZPURU, D. (2020): “El riesgo de retroceso democrático en América Latina durante la pandemia”, *Agenda Pública-El País* (3 de mayo).
- BARRERA, C. (2021): “Que el presidente tenga el control de todo”, *El Faro* (23 de febrero). Disponible en: https://elfaro.net/es/202102/ef_foto/25263/Que-el-presidente-tenga-el-control-de-todo.htm.
- CÁCERES, M. (2020): “Viceministro Zelaya es denunciado ante Tribunal de Ética por venta de protectores faciales al Gobierno”, *El Diario de Hoy* (23 de junio). Disponible en: <https://www.elsalvador.com/n-oticias/nacional/viceministro-ingresos-ernesto-zelaya-denunciado-tribunal-de-etica-venta-protectores-gobierno/726592/2020/>.
- EUI (2020): “The Economist Intelligence Unit’s Democracy Index 2020”, *The Economist*, Londres. Disponible en: <https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2020/>.
- GARCÍA, J. (2021): “Nayib Bukele consolida su poder con una victoria sin precedentes en El Salvador”, *El País* (1 de marzo). Disponible en: <https://elpais.com/america/2021-03-01/nayib-bukele-consolida-su-poder-con-una-victoria-sin-precedentes-en-el-salvador.html?prm=ep-app-modalcompartir>.
- LABRADOR, G. (2019): “Bukele recicla la apuesta del FMLN de usar al Ejército para combatir el crimen”, *El Faro* (18 de julio). Disponible en: https://elfaro.net/es/201907/el_salvador/23502/Bukele-recicla-la-apuesta-del-FMLN-de-usar-al-Ej%C3%A9rcito-para-combatir-el-crimen.htm.
- MARTÍNEZ, C., ARAUZ, S., LEMUS, E. y MARTÍNEZ, O. (2020): “Gobierno de Bukele lleva un año negociando con la MS-13 reducción de homicidios y apoyo electoral”, *El Faro* (3 de

septiembre). Disponible en: https://elfaro.net/es/202009/el_salvador/24781/Gobierno-de-Bukele-lleva-un-a%C3%B1o-negociando-con-la-MS-13-reducci%C3%B3n-de-homicidios-y-apoyo-electoral.htm.

MURRILO, M.-V. y LEVITSKY, S. (2020): “La tentación militar en América Latina”, *Nueva Sociedad*, n° 285 (enero-febrero).

NAIR SILVA, J. (2020): “Maduro llamó al pueblo a la Operación Remate y salir a votar”, *Últimas Noticias* (6 de diciembre). Disponible en: <https://ultimasnoticias.com.ve/noticias/politica/maduro-llamo-al-pueblo-a-la-operacion-remate-y-salir-a-votar/>.

PACHECO, M., FLORES, R. y CAMPOS, G. (2021): “El Salvador: oficialismo se convierte en primera fuerza del parlamento”, *El Economista* (1 de marzo). Disponible en: <https://www.eleconomista.net/actualidad/El-Salvador-oficialismo-se-convierte-en-primera-fuerza-del-parlamento-20210301-0020.html>.

ROMERO, C. (2021): “Hospital El Salvador costea publicación de artículos en revistas inter-

nacionales”, *Salud con lupa* (11 de febrero). Disponible en:

<https://saludconlupa.com/noticias/hospital-el-salvador-costea-publicacion-de-articulos-en-revistas-internacionales/>.

VERDES-MONTENEGRO, F.J. (2020): “Excepcionalidad y COVID-19: un test democrático para América Latina”, *Análisis Carolina* n° 34, Madrid, Fundación Carolina. Disponible en: <https://www.fundacioncarolina.es/wp-content/uploads/2020/06/AC-34.-2020.pdf>.

Fundación Carolina, marzo 2021

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_08.2021

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)